

La lucha de Violeta Friedman contra el olvido

Patricia Elisabet Weisz Friedmann

Licenciada en Medicina y Cirugía por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM)

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 74
Fecha	Madrid, marzo de 2020
Páginas originales	253-265
Tipo documental	Testimonio biográfico e histórico
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-74-2020-253-265

RESUMEN DOCUMENTAL

Relato biográfico sobre Violeta Friedman elaborado por su hija, con especial atención a su experiencia como víctima y superviviente del Holocausto y a su posterior compromiso público con la memoria. El texto recuerda la deportación, los campos de exterminio, la emigración, décadas de silencio y la decisión de convertir el testimonio en una herramienta educativa. También aborda su batalla jurídica frente al negacionismo y los reconocimientos posteriores, presentando su legado como una llamada a combatir el olvido y transmitir lo ocurrido a las nuevas generaciones.

PALABRAS CLAVE

Violeta Friedman · Holocausto · Auschwitz · memoria · negacionismo · derechos fundamentales · educación

CITA BIBLIOGRÁFICA

Patricia Elisabet Weisz Friedmann. "La lucha de Violeta Friedman contra el olvido". Torre de los Lujanes, n.º 74, 2020, pp. 253-265. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.

Ficha documental añadida al artículo original. El contenido del trabajo no ha sido modificado.

La lucha de Violeta Friedman contra el olvido

Por
Patricia Elisabet
Weisz Friedmann
*Licenciada en
Medicina y Cirugía
por la Universi-
dad Autónoma de
Madrid (U.A.M).*

Antes de empezar quiero expresar mi profunda emoción al recordar que uno de los deseos de mi madre era contar a los jóvenes sus vivencias para que las nuevas generaciones sigan la lucha que ella había emprendido, con un mensaje claro: Que nunca se olvide.

Mi madre siempre decía que lo más importante era transmitir la realidad de lo ocurrido, para que no volviesen a repetirse hechos tan horribles en el futuro, mencionando siempre que para conseguirlo, la mejor forma era mediante la educación. Si ella estuviera hoy con nosotros, estaría muy orgullosa de poder ver realizado su encargo, transmitiendo su testimonio a profesores y alumnos, que son uno de los pilares más importantes de nuestra sociedad.

Mi padre nació en Budapest, y mi madre en Transilvania. Ambos fueron víctimas del

Holocausto (conocido también como Shoá). En casa, hablar del Holocausto era un tema tabú. Durante toda mi infancia y adolescencia, no se mencionaba nada de lo sucedido, porque mi madre lloraba y mi padre esquivaba el tema. No sería hasta muchos años después, que fui del todo consciente.

Después de esta breve introducción, quiero contarles quién fue mi madre, empezando por su paso en Auschwitz-Birkenau:

Mi madre nació en Marghita, un pequeño pueblo de Transilvania, el cual antes era parte de Hungría y hoy pertenece a Rumanía. Ella se sintió siempre una judía húngara. Sus padres eran de clase media, y tenía una hermana mayor, Eva. Sus abuelos maternos vivían a 3 kilómetros con la bisabuela.

En 1939, cuando tenía 9 años, comenzó la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces, se empezaron a propagar actos contra los judíos, siendo cada vez cada vez más intensos. Empezaron separando a cristianos y judíos en las escuelas, colocándolos en diferentes aulas y en distintos horarios.

Más tarde, los niños que habían sido sus compañeros de juegos, les gritaban por las calles, y les arrojaban piedras y barro. Aunque sufrían la persecución en primera mano, no podían defenderse ya que sus padres les rogaban que no respondieran a las provocaciones, porque una simple denuncia contra un judío, daba lugar a una multa importante.

Poco después fue enviada a estudiar a un liceo hebreo al norte de Marghita, a unos 80 kilómetros, quedándose en casa de unos tíos. Siempre fue muy buena estudiante.

Un día, entró a las aulas el director del liceo y con mucha tristeza les anuncio la trágica noticia: “El ejército alemán ha entrado a Hungría y todos los que viven fuera de la ciudad deben volver a sus casas”.

Violeta Friedman junto con toda su familia fue llevada a la fuerza al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau en 1944. Tenía 14 años. Mi madre contaba que fue transportada en unos vagones de ganado, los jóvenes y niños de pie, intentando así dejar sitio para sentarse a mayores y ancianos. El viaje duró tres días y tres largas noches, sin espacio, sin apenas aire, rodeados en ocasiones de excrementos. En unas condiciones inhumanas.

Al llegar Auschwitz, vio con sus propios ojos cómo Mengele, un conocido médico nazi, mandaba a todos sus seres queridos a las cámaras de gas, separándolos en dos filas: Primero separaron a su padre de 44 años y a su abuelo materno. Después al resto de su familia: Madre, abuela, y bisabuela. Esa fue la última vez que los vio con vida, quedando al otro lado ella, y su hermana Eva.

El infame Joseph Mengele conocido como el “Ángel de la Muerte” supervisaba la selección: los menores de 16 y los mayores de 45 años no eran aptos para trabajar y eran enviados directamente a las cámaras de gas.

Mi madre, tenía los pies hinchados y su madre le había dejado unos zapatos de tacón por ser estos más grandes, un pañuelo en la cabeza y la oscuridad de la noche la hicieron aparentar más edad.

Ese error salvó a mi madre junto con su hermana, 4 años mayor, de la muerte inmediata. Siempre decía que jamás olvidaría aquella noche en la que perdió a toda su familia.

Pasaban mucho tiempo tiradas en las literas, ya que la altura entre una litera y otra era tan pequeña, que no podían estar sentadas. Las literas eran de 3 pisos, pero unas eran aun peor que otras: Las de arriba por la dificultad de subir y bajar, dada la extrema debilidad física que tenían, y las de abajo por recibir lo que caía de arriba.

Cada madrugada, sobre las cuatro, les hacían salir al centro del campo para el recuento. Permanecían allí de pie durante horas,

mientras contaban las treinta mil personas, incluidas las fallecidas durante la noche, que también tenían que ser traídas a cuestras.

A diario se hacían nuevas selecciones para completar el cupo de personas para ser gaseadas. Ella estaba físicamente muy deteriorada, hasta tal punto que cada vez que hacían “sacas”, ella era una de las elegidas.

Pero sus ansias de vivir debían ser más fuertes que la desesperación, y aprovechaba algún despiste de los alemanes para saltar al otro lado del pequeño murete que había en el centro del barracón y así se salvó, un día tras otro.

Un día se llevaron a su hermana a otro campo de trabajo y quedaron separadas por unas alambradas de espino electrificadas.

El calor en verano y el frío del invierno dificultaban, hasta extremos imposibles de imaginar, la lucha por la supervivencia. El hambre y la desnutrición que padecían lo conocemos todos por las múltiples fotos que hemos visto de los sobrevivientes y de los cadáveres hacinados. Esta desnutrición daba lugar a contraer enfermedades. Mi madre contrajo algunas, y le quedó afectada de por vida a la columna vertebral.

La única comida que recibían era una especie de sopa: Agua caliente en la que flotaban algunas cascarras de patatas y una ración de pan negro, menos de 200 gramos con un poco de queso viscoso y podrido. Así día tras día.

Hay muchos estudios sobre las secuelas de la desnutrición en los supervivientes del Holocausto. Para comprender el impacto del Holocausto, suceso sin precedente en la historia de la humanidad, resulta necesario destacar que ningún ser humano pudo sobrevivir a los campos de concentración de Hitler sin sufrir una serie de secuelas tanto físicas como psicológicas.

Es importante resaltar que el Holocausto fue una de las catástrofes más traumáticas jamás diseñada por el hombre, en la que los

seres humanos fueron expuestos a atrocidades horripilantes. Los afectados proporcionan una oportunidad para el estudio de los efectos perdurables del trauma masivo.

No existe duda de que todo aquél que llegaba a uno de los campos de la muerte experimentaba un shock inenarrable.

La combinación de nutrición insuficiente con trabajo duro contribuyó a la destrucción del organismo, que gradualmente consumió sus reservas de grasa, de masa muscular y de los tejidos de los órganos internos, esto condujo a emaciación (adelgazamiento patológico) y la enfermedad por inanición (extrema debilidad causada por la falta de alimento) y fue la causa de un número significativo de muertes en el campo.

La siguiente cita en el relato autobiográfico de Primo Levi cuando estuvo en Auschwitz se refiere a ello:

“Con el término «*Muselmann*», ignoro por qué razón, los veteranos del campo designaban a los débiles, los ineptos, los destinados a la selección.”

El término se extendió desde Auschwitz-Birkenau a otros campos de concentración. Su equivalente en el campo de concentración de Majdanek era *Gamel* (derivada del alemán *Gammeln*, palabra coloquial para podrido).

Lo que está claro es que cuanto más pasaba el tiempo, la diferencia entre el mal estado físico de unos y otros prisioneros era mínima. Todos los supervivientes de la Shoá al ser liberados, presentaban signos de absoluta desnutrición.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, médicos de diversas naciones europeas atendieron a un gran número de sobrevivientes de los campos de concentración nazi sin dar crédito a lo que

veían sus ojos: Auténticos “esqueletos humanos” sin fuerza física ni para moverse, y sin fuerza tan si quiera para sentir alegría por sobrevivir.

Por si fuera poco, al ser liberados el rechazo social, así como el desprecio y el prejuicio (“Fuisteis como corderos al matadero”) contra los sobrevivientes por parte de la sociedad que los ignoraba (incluida parte de la población judía de otros países y continentes que no sufrieron el Holocausto), tampoco contribuyó de manera positiva, lo que causó que la mayoría de los sobrevivientes se aislaran quedándose solos con sus recuerdos dolorosos. (He de recalcar aquí que esta incredulidad cambió drásticamente al oír los testimonios durante el juicio contra Eichman en 1959)

Pasaron varios años antes de que la ciencia médica lograra desarrollar una teoría consensuada de las consecuencias físicas y emocionales de quienes no perecieron en aquella atroz maquinaria de la muerte.

El Dr. Efrat Barel indica que seis décadas después de la Segunda Guerra Mundial y 44 años (1964-2008) de estudios han servido para que hoy se conozcan con más profundidad los efectos a largo plazo del Holocausto en los supervivientes judíos.

Gracias a esta revisión, ahora se sabe que aquéllos que sobrevivieron al exterminio han mostrado una notable resiliencia en su vida diaria, pero siguieron manifestando su dolor psicológico por el trauma pasado en forma de distintos síntomas psiquiátricos. Los sobrevivientes de los campos se enfrentaban a un largo y difícil camino a la recuperación.

En el libro que escribió mi madre, titulado “*Mis Memorias*”, decía que contar su subsistencia en Auschwitz era algo muy difícil para ella porque, aunque viviera mil años y mil años escribiera, aun faltarían palabras para expresar lo que allí sufrieron.

Afortunadamente, recordaba con ternura la bondad de algunas personas, por ejemplo, a la señora Rodan, una mujer de aspecto débil y enfermizo, que sin embargo fue capaz de renunciar a una parte fundamental de su comida en Auschwitz para ayudar a mi madre.

Los últimos meses, mi madre fue trasladada a otro campo para cavar trincheras en unas condiciones horribles en medio de la nieve. Por un azar se libró de las “marchas de la muerte”. El destino de las demás mujeres fue Bergen-Belsen.

Por supuesto que no me olvido de las demás víctimas de la barbarie nazi como lo fueron los gitanos, homosexuales, presos políticos, prisioneros de guerra, republicanos españoles, discapacitados físicos y psíquicos, incluidos los de la raza aria y otros.

Hasta aquí la historia es muy parecida a la de muchísimas víctimas sean de Alemania, Holanda, Francia, Polonia, Países Bálticos, Grecia, etc. ¡Se ha narrado poco lo que pasó después!

El 27 de enero de 1945 (día de la liberación de Auschwitz y actualmente considerado como *Día Internacional de Conmemoración* anual en memoria de las víctimas del Holocausto), ella fue liberada unos días antes por las tropas rusas y estas al principio no les prestaron ni ayuda ni atención: Vivieron varios meses hasta la primavera en casas abandonadas por los alemanes que habían dejado todo en la huida: ¡Hasta la mesa puesta!, después de algunos nuevos tropezones, fue rescatada y pudo regresar a su tierra.

Para su sorpresa e ilusión, su hermana Eva también estaba allí, sin embargo, no pudo superar el dolor por los ausentes, era el único familiar que encontró con vida. Con 16 años y huérfana, sufrió de una operación de la columna vertebral, con importantes secuelas que siempre le producían dolores a lo largo de su vida.

La Odisea

El 1 de enero de 1948 el telón de acero cayó sobre Rumanía. Ella ya tenía decido irse a vivir al Canadá, dónde tenía una tía que había emigrado antes de la guerra.

Huyendo por los bosques ella y su primo, comenzaron una odisea, fueron capturados antes de cruzar la frontera y fueron hechos prisioneros. Excarcelados bajo fianza lograron, esta vez sí, llegar Hungría. Allí una nueva detención que duró tres semanas. ¡Tenía 18 años!

Luego infinitos problemas de papeleo para poder ser admitida en Canadá.

Embarcó, ahora sola, desde Bremen al norte de Alemania para llegar Halifax que es un puerto grande en Canadá y después en tren a Montreal donde la esperaba su tía. Violeta no hablaba inglés, había dejado los estudios a los 14 años y no tenía profesión alguna. En poco tiempo pasó de modistilla que cosía botones a diseñadora.

Al acabar la guerra, mi padre (había estado escondido en el tejado y vio como a sus padres los fusilaron en el Danubio) emigró a Francia y después a Venezuela (tenía aproximadamente 21 años) Mi madre en un viaje enviada por su tía a Venezuela conoció a mi padre. Se casaron y nos tuvieron a nosotros a Ricardo y a mí.

Después se divorciaron y mi madre se trasladó con nosotros dos a Madrid en 1965.

Los primeros años no fueron fáciles. España era por aquel entonces un país atrasado y de mentalidad cerrada. Ella estaba acostumbrada a entender el mundo de una forma mucho más liberal. Aquí era extranjera, rubia y para colmo divorciada. Sin embargo, se quedó aquí.

Siempre tuvo fuertes crisis psíquicas, pero no contaba nada de lo que había sufrido.

No pudo hablar durante casi 40 años de lo que le había ocurrido y no fue hasta 1985 cuando rompió el silencio al escuchar a L. Degrelle desmintiendo la existencia de las cámaras de gas y los campos de exterminio.

Lucha jurídica

En julio del 1985 a raíz de la exhumación (levantamiento) del cadáver de Mengele (el que he mencionado antes en Auschwitz y que hacia la selección) en Brasil para verificar su identidad, Televisión Española emitió una entrevista con León Degrelle, un general nazi belga. Bélgica le había condenado a dos penas de muerte, pero estaba refugiado aquí en España e incluso tenía nacionalidad española.

La revista Tiempo, entonces muy conocida, también publicó un artículo. En esas declaraciones Degrelle negaba la existencia de los campos de exterminio y de las cámaras de gas. A la pregunta del periodista sobre si se arrepentía de algo su respuesta fue: “Solo me arrepiento de que Hitler perdiera la guerra”. Y en la revista Tiempo: “Si hay tantos judíos ahora, resulta difícil de creer que hayan salido tan vivos de los hornos crematorios.”

Violeta Friedman al escuchar estas declaraciones, le hervía la sangre, llevó a este antiguo jerarca nazi ante los tribunales españoles presentando una denuncia reclamando el reconocimiento al derecho al honor propio y del pueblo judío.

La denuncia la perdió mi madre y siguió luchando casi siete años. Su abogado fue Jorge Trías Sagnier y siempre respaldada por la Comunidad Judía de Madrid, presidida por M.Mazin y cuyo abogado de la Comunidad era Alberio Benasuly.

Finalmente, ese derecho fue reconocido por el Tribunal Constitucional, presidido por Don Francisco Tomás y Valiente, el 11 de noviembre de 1991. Asesinado unos años después por la ETA (1996)

La sentencia establecía como principio jurídico que ni la libertad ideológica, ni la libertad de expresión podrán ser utilizadas para difundir ideas racistas y de xenofobia.

Esta sentencia dio lugar a que en 1995 se modificara el artículo 607.2 del Código Penal pasando a ser delito la negación del Holocausto.

En 2007 se elimina por “error” y en España ya no es un delito su negación. Afortunadamente en 2015 se hace una nueva reforma del código penal (artículo 510) y la LOMCE recoge el Holocausto en la enseñanza y especifica cómo debe impartirse a través del Real Decreto 126/2014 de 28 de febrero, Artículo 10.

Se convirtió en una activista contra la intolerancia y el racismo no dejando de participar en toda clase de actos, contando su experiencia a los jóvenes, avisando donde reconocía un riesgo potencial de xenofobia o racismo, etc.

Escribió muchos artículos en la prensa española, fue entrevistada numerosas veces en la radio y en la televisión sobre su terrible experiencia.

Violeta Friedman, fue pionera en España en esa lucha contra la intolerancia, el racismo y todo lo que supusiera xenofobia o rechazo a los diferentes. Ella había vivido en su propia carne, como víctima del Tercer Reich, las consecuencias de aquella ideología criminal y, desde el año 1985, dedicó su vida y todos sus esfuerzos a sensibilizar a los jóvenes contra esos peligros que siguen amenazándonos.

Los libros de Historia nos recuerdan que más de 10 millones de seres humanos murieron asesinados durante la barbarie nazi. Todo ese horror fue negado por algunos y aquí en España, en la maravi-

llosa Costa del Sol, lo hizo León Degrelle, general de las Waffen SS, de quien dijo Hitler que hubiera sido su hijo predilecto. Él fue quien negó la existencia de los crematorios, diciendo que era un invento judío para sacar dinero a los alemanes.

Este general nazi belga fue doblemente derrotado: primero en la guerra y luego por mi madre, Violeta Friedman, en los tribunales españoles.

A principios de 1990 fue nombrada Presidenta de Honor de Movimiento contra la Intolerancia (Esteban Ibarra es el presidente) y con esta ONG y sus activistas jóvenes recorrieron las universidades y las escuelas transmitiendo los valores de la Tolerancia y denunciando a los falsificadores de la Historia en una campaña de sensibilización digna de memoria.

Los alumnos se quedaban mudos mientras Violeta narraba su experiencia en Auschwitz.

También fueron muchos *homenajes y galardones* los que recibió Violeta Friedman. Igualmente asistió como invitada de honor al estreno de “La lista de Schindler” en España.

Su estado de salud se fue deteriorando y en los seis últimos años de su vida, la vimos acudir en silla de ruedas, procurando aliviar su respiración, conectada a una botella de oxígeno.

Ella fue, quizá involuntariamente, una de las voces de los que fueron silenciados para siempre o callaron porque habían perdido la esperanza de ser escuchados.

Y por eso estoy segura de que su memoria nos dará fuerza a todos para ser firmes testigos de la verdad en cualquier circunstancia de la vida.

Nunca olvidaré el 4 de octubre de 2000: cómo sufrió hasta el último instante en la cama del hospital. En el último segundo se quitó el oxígeno, me dio su mano y con una dulce sonrisa en sus

labios me pidió “perdón” y le contesté “perdóname tú por no haberte ayudado más” y cerró los ojos para siempre.

Durante su lucha jurídica, yo trabajaba como médico y mis hijos eran pequeños. No fue hasta morir, en el año 2000 cuando me di cuenta lo que representa: es el icono de la lucha contra el negacionismo. El Icono de la lucha contra los que niegan la existencia de los campos de exterminio.

Hay que desterrar la idea de que todo este inmenso sufrimiento y el asesinato de 10 millones de seres humanos no sirvieron absolutamente para nada.

Fundación

Uno de los deseos que mi madre no pudo llegar a materializar era la creación de una Fundación. Actualmente tengo el honor de presidir la Fundación que lleva su nombre.

Más que honor, para mí es un compromiso personal con mis hijos, con vosotros, con el país en el que vivo: el compromiso de mantener viva la memoria de la Shoá para que nunca vuelva a suceder.

Me gustaría recalcar que los fines de la fundación es seguir luchando contra la intolerancia, la xenofobia y el racismo, y esto se puede conseguir haciendo especial énfasis en la educación para el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales.

¡A la vista de lo que está sucediendo en los últimos meses hace mucha falta!

Ella siempre insistió en formar a la juventud en valores como la tolerancia, la no discriminación, etc. Ella sabía que las voces de los supervivientes se perderían y con su libro y con la Fundación

esperaba que las nuevas generaciones pudieran oír su ruego: que continúen su trabajo, que no les olviden.

Sorprendentemente mi madre a partir de 1985 (tenía entonces 55 años) empezó a contar lo que había sufrido y lo que había visto. Siempre decía que las pérdidas de su familia y los sufrimientos eran una herida abierta, que nunca cicatrizaría, pero pudo ser una relatora de la Shoá. Dice un proverbio húngaro “Que el ser humano no sea sometido a todo lo que es capaz de soportar”.

En www.violetafriedman.com además de información, hemos colgado un video de un viaje que hicimos a los “lugares de la memoria”

Para terminar, quiero hacer la siguiente referencia:

En Madrid hay un Parque infantil en Alcorcón, con su nombre. En Torremolinos el año 2014 se inauguró una calle con el nombre de Violeta Friedman, así mismo ahora hay placa en Plaza de la judería de Málaga (marzo 2018). Esto nos ayuda a oír el ruego de los supervivientes “que no les olvidemos”

Referencias

<https://www.holocaustremembrance.com/funding>

<https://www.holocaustremembrance.com/sites/default/files/inline-files/IHRA%20Grant%20Guidelines.pdf>

<https://es.wikipedia.org/wiki/Muselmann>

<https://www.mimp.gob.pe/webs/mimp/sispod/pdf/276.pdf>

<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4140221/>

SURVIVING THE HOLOCAUST: A META-ANALYSIS Psychological Bulletin © 2010 American Psychological Association 2010, Vol. 136, No. 5, 677-698 0033-2909/10/\$12.00 DOI: 10.1037/a0020339

Mis memorias. Violeta Friedman, 1995 Editorial Planeta.